



ASIR

REVISTA DE LITERATURA

José BERGAMIN

Washington HART

Yaco ZEK

José Pedro DIAZ

Arturo S. VISCA

Pedro HENRIQUEZ UREÑA

Martín Enrique JAUREGUI

BANQUO

Guido CASTILLO

Ida VITALE

Erwin ALVAREZ

Julio C. DA ROSA

Andersen BANCHERO

Selva MARQUEZ

J. Simoens LOPES NETO

Humanismo y Petrarquismo

El Humanismo de Wimpí

Simone Weil o la Mística

Contemporánea

La Naturaleza en la Poesía de Bécquer

Un Representante de Nuestro Clasicismo

El Descontento y la Promesa

Tres Libros Mercedarios

Boletines

La Noche y el Agua

Padre Vallejo

Pantanoso

Las Viejas Retretas Domingueras

Máscara Sueña

Cartas a Sinda

La Trenza de la China

32-33

MAYO-JUNIO 1953

URUGUAY

LAS VIEJAS RETRETAS DOMINGUERAS DE TREINTA Y TRES

por
Julio C. Da Rosa

Eran lindas de verdad. Claro, parecían más lindas desde aquí y desde ahora. A trescientos y tantos kilómetros y a una cantidad de años que ya cuesta decir; tanto cuesta, que no se dice.

Pero eran lindas. Ya no son las mismas ahora.

La plaza 19 de Abril se ponía toda emperifollada, luciendo los diversos tonos de sus verdes, a la media luz de los focos blancos. Vieja y todo, parecía una novia. Se la dejaba coquetear, pero bien vigilada por los cuatro puntos cardinales.

Al este, estaba parado firme, parecido a un sargento grandote, pestañeando campanazos mal contados, el caserón de la Jefatura. Por el sur la Iglesia, retacona y campanuda, dándoles de mamar, al convento por un lado y por el otro, a la casa parroquial, cura con barriga y galgos en puerta. Al oeste, el Centro Progreso, entonces petecito, como un cuzco blanco prendido del costillar arrugado del hotel Oriental. Y en el norte, la Intendencia; negra, grande y vieja.

La banda debería salir del cuartel, más o menos con un jeme y algo de sol. Eran más de quince cuadras y todavía llegaba a la plaza encandilando a medio mundo con los reflejos de los metales relumbrosos. Dirigía Ballestrino. Y... Ballestrino dirigía! Se agrandaba, mandando aquel montón de gente de todos los colores, edades, anchos y alturas. Menudeaban los negros. De pardo para abajo; o para arriba... Una cosa que nunca me expliqué, fué ver a Maño en el grupo. Sabía que había sido milico con larga y sabrosa historia de cuartel. Pero hacía años que vendía milojas y coquitos y que se emborrachaba en la Vaca Azul del rubio Mila. Sin embargo, allí estaba, atrás de un hombro. Ocasiones en plena función, algún gurí se le arrimaba despacito y le pedía a los gritos una miloja, para hacerlo "ensillar" y perder el compás.

Cuando la banda entraba a la plaza, hacía rato que estaba llegando gente por todas las calles que allí desembocan y desde todos los barrios. Aquélla era una cita del vestidito con el traje nuevo; del agua florida con la gomina; de la croquiñol con la melena americana; de los medios tacos de ellas, con los tacos altos de ellos.

La banda era como un conjuro. Apenas se hacía presente, todo empezaba a cambiar. Hasta ese momento, la gente estaba llegando; desde ese momento, terminaba de llegar. Minutos antes se veían claros aquí y allá, cierta indecisión en el caminar, dispersión en los grupos, ausencia de una finalidad. Minutos después, los claros estaban llenos, la corriente encauzada, los grupos unidos, la finalidad de la fiesta pintada en rostros, voces y actitudes. Era la banda, el polarizador. Alguna vez que faltó, la plaza fué como una fuente sin fondo. Las calles volcaron como siempre sus caudales, pero todo quedó vacío.

Al poco rato quedaban definidos los grupos. El más importante de ellos, por más grande y pintoresco, era el de los paseantes. Gente de los dos sexos, entre catorce y treinta años. Casi toda soltera. Allí iba la alegría y la conversación. Sólo allá lejos lejos, un lunar callado y serio: era algún casado, pagando quién sabe qué tributo, bien sujeto del brazo, como para que no desparase.

Esta era la verdadera multitud de la fiesta. La que le debe animación; casi lo que se entendía por retreta. Se iba allí a integrar esta masa. A caminar. Leguas y leguas, se caminaba. Eran cuatro cuadras alrededor de la plaza, más dos cuadras por la calle Real. El recorrido completo llevaría, según la música que tocara la banda, entre doce y quince minutos. Leguas y leguas, al cabo de dos horas y pico. Y suelas y suelas de zapatos. La plaza no tenía baldosas; era una arenisca casi pedregullo. Sobre eso se andaba. Y bajo la techumbre de las viejas tipas, salpicada de alguna que otra estrella. Y al son de la banda. Sin darse cuenta, la gente marcaba el compás en el andar. Paso trote en los valeses; paso redoblado en las marchas; paso de ganso en los tangos. Sin darse cuenta. Cesaba la música y sólo se oía aquel ruido sobre el pedregullo, que se iba haciendo cada vez más entreverado, hasta que venía la otra pieza a poner orden.

Cuatro cuadras a la redonda, dos cuadras a la recta. Cientos de personas; a veces miles. Aquella masa parecía una enorme víbora enroscada en sus dos terceras partes y estirada el resto. Decía el canario Perico Martínez: —Fíjate: parec'el ganau saliendo e'la manguera por el tubo. El tubo, venían a ser las dos cuadras para abajo. Desde la esquina del café La Pirámide de Agüero, hasta la de Naón.

Por allí estaba Alcides Rodríguez, haciendo barbas, pelos y cuentos y cobrando por todo. Más abajo, Don Vicente Malzone, vendiendo zapatos batllistas. Un poco más, Salvador Lacurcia, ocupando de arriba a abajo y de lado a lado la puerta de la sastrería, con su corazón bárbaro. Y más abajo todavía —en el trayecto, se entiende— Don Héctor Cutinella, Farmacéutico, Director del Liceo, Gramático, Poeta, Guitarrero, Petiso y Buenazo.

Dos cuadras y por la misma vereda. Ni un metro más; ni una vuelta por la cuadra de enfrente. La explicación de esto, estaba en los cafés. El nombrado, y el de Fastoso casi al terminar la segunda cuadra. Cierto que en la vereda de enfrente, estaba el de Amil. Pero el cruce desde y hacia la plaza, quedaba muy trasmano. Además, faltaba el café de abajo...

Aquella esquina del café de Agüero, sería tema para rato. Aquello era un mundo. Un mundo que empezaba en los mostradores y terminaba en los adoquines de la calle. Un mundo gobernado entonces por Herrerita, el canario Vidal y sus bandejas. Un mundo dividido en dos medios mundos: hacia el fondo, el de los billares, el truco y algún montecito; hacia afuera, el de los aperitivos, los express, la rueda gorda de Don Carlos Larrosa, Don Isidoro Amorín, D'Alessandro, etc. y las posesitas hollywoodenses de los donjuanes de mesa. Medio mundo de alegría ruidosa, éste; con incrustaciones aisladas, de hondos silencios. Silencio del Tano, contento y triste, saliéndoles al paso a las muchachas bonitas, para pegárseles por todo el rato, como una sombra muda. Y de Fidelino, puchereando sonrisas, con su cara de ángel barbudo; como queriendo dulcificar el impacto de las burlas a su propia figura. Y de Ansina, escurriéndose tras su máscara irónica y sus lentes negros y bajo su túnica blanca. Silencios que recogía el Solito en su mirada vinosa, desde la esquina de enfrente, donde campeaba como patrón de la vereda, sermoneando duro y parejo, entre ademanes, carcajadas y lágrimas.

¿Qué hacían los paseantes? Según. Como multitud, como todo, marchaba al compás de la música. Era el río. Como personas, como partes, proseaban, se reían, tenían un adiós para cada conocido y una morisqueta para cada íntimo. Eran las gotas de agua.

Pero sobre todo, dragoneaban. Primero, de ojito; segundo, de guiñadita; tercero, de sonrisita. A la cuarta, venía la carga. Ella se corría para la orilla de la fila, como buscando libertad de movimientos, él se le acercaba. Quedaban solos. Ella miraba el pedregullo, él se componía el pecho. Ella tosía, él sacaba un cigarro. Ella volvía a

toser, él encendía. Ella esperaba, él arrojaba la primera piedra. Ella la segunda, él la tercera y así. Hablaban de la plaza, de la retreta, de las mujeres y los hombres; de ellos. Aquí empezaban los dos a mirar el pedregullo; entraban al quinto tiempo. Ya estaban perteneciendo a otro grupo. Ya los veremos allí; dos gotitas de la corriente, arrojadas por un azar hacia un remanso. Dos gotitas; casi una...

Allí no más estaba el otro mundo. Cerquita y lejos. En los bancos de los recovecos. Siempre sobre el mismo suelo y bajo el mismo techo agujereado de tipas. Allí se iban formando las filas de a dos, que iba arrojando la correntada. Tarde o temprano, todos iban a morir allí; a morir y a renacer. Acurrucaditos como pichones ateridos. Cuanto más calor hacía, más frío parecían sentir. Manos con manos, cabezas con cabezas; a veces, picos con picos.

Era la época del mayor furor de Carlos Gardel, muerto. Se vestía, se calzaba y se bailaba a lo Gardel. Hasta se fumaba; más: se cantaba; y más: se hacían declaraciones de amor con las letras de sus canciones. Alguna pasaba. Pero hubo quien las pasó él y negras, después de su declaración de diez o doce minutos, medio cantada y todo. Cuando cerró el pico para que lo abriera ella, escuchó: —Pero me parece que algo de eso, lo oí cantar a Carlitos en el biógrafo... El se puso como tomate maduro: era mismo la versión exacta, corregida y puntadita de "El día que me quieras" del Mago. No es cuestión de dar nombres; pero aún dándolos, el fulano no tendría por qué avergonzarse: la canción es sacada de un poema de Amado Nervo, con el mismo título y casi la misma letra. Si ella hubiera tenido alma vargasviliana, en vez de aquello, le habría dicho, después de mirarlo acariciadoramente: —¿Qué Amado y... que Nervo eres!

De allí se iban los pichones, dejando iniciales y corazoncitos sobre los pobres bancos hastiados de Gardel. Más de uno volvió solo; a llorar sobre aquellas marcas, vino. Después que lloró, las borró todas.

Y seguía la marcha de la corriente. Y el andar de las gotas. Cuando no se tenía suerte en un sentido de la circulación, se daba cara vuelta y se seguía en el contrario. Ocasiones hasta cuatro o cinco o seis veces. En las esquinas de la plaza, en los bancos de alrededor y a lo largo de las cuadras rectas, se iban formando filas de parados y sentados. Eran los de otro grupo: los que no habían enganchado ni al revés ni al derecho. Allí se quedaban hasta lo último. Con lenguaje del Químico Olascuaga en el Liceo, Ramoncito Echenique, mal llamado (o bien llamado) Malanote, decía que eran átomos sin saturar, estos rezagados. Y no porque les faltara empeño, se quedaban huer-

fanitos. No. Allí se estaban las horas, piropeando a cuanto bípido implume femenino se les cruzaba por delante y por detrás. Eran de los últimos en irse. Abriendo la boca de aburridos, se iban.

Había otros muchos grupos y grupitos. Nos vamos a entretener con éste. Simpático y chiquito; casi ignorado. Está esperando la banda, desde antes que salga del cuartel. Ocupa todos los bancos cercanos al lugar que ella ocupa y al césped de las orillas de los canteros. Es abigarrado, heterogéneo, diverso. Hombres, mujeres y gurises.

Los hombres, casi todos canarios. Venían a ver tocar. En eso se pasarian la noche. Los pasmaba aquello. Algunos, hasta se le arrimaban a Ballestrino, buscando prosa; la mayoría se quedaba allí, pitando y mirando. Mirando todos los detalles, para después entretener ruedas allá por sus pagos. Cantidad de cuéntos se llevaban. Y un secreto: el susto que les había pegado la banda, al arrancar con la primera pieza y agarrarlos distraídos. Esto no lo contaban, mientras no hubiesen hecho caer otro candidato. Lo traían allí, ocasiones después de muchos meses, hablándole de bueyes perdidos. Lo hacían sentarse como a un angelito. Cuando la banda largaba y veían al angelito hecho un diablo, pegar el salto y chispearle los ojos para todos lados, como esperando carga de enemigo invisible, le abrían las puertas a una carajada madura de tiempo, que les salía por boca y narices como una explosión descomunal. Para acompañar, levantaban las piernas más alto que el asiento, agarradas de las pantorrillas. Después, echaban mano a los vicios y haciendo cigarro, se ponían a contar lo propio.

Las mujeres de esta reunión eran pocas y se dividían en dos bandos. Uno, con las de los del susto, que también estaban allí, todas azoradas, sacudiendo la cabeza y haciendo aspavientos. Otro, el de las que venían a buscar camorra con la gente de la banda. Se estaban las horas, pastoreando a sus hombres mientras tocaban. Después les sacaban jugo a los intervalos.

Finalmente, los gurises. También algunos canaritos, que ya terneros se bautizaban en el susto de la banda. Unos venían con los padres; otros eran estudiantes que le andaban descubriendo los secretos al pueblo. Aquí me acuerdo de un servidor, que nunca se olvidó de aquel "julepe". Los otros, era la manga de lustradores y canillitas, que andaban siempre por allí ganando el vintén y "judiando a los campusos".

Cuando empezaban a menudear las piezas, era señal de que la banda estaba por irse. La noche iba apretando; y se empezaba a notar cierta melancolía en el ambiente. Melancolía del domingo alegre,

que se iba disolviendo despacito. Melancolía de la música, apurando su fin. Melancolía de la plaza, despojándose de sus galas quinceañeras, para otra vez quedarse sola, triste y vieja, entre sus guardianes sempiternos.

Alguna vez, subrayando la brevedad de uno de estos últimos silencios de la música, se estremeció la noche con los gritos y las carcajadas de Baladán, que cruzaba una de las diagonales como una sombra chiquitita y maltratada.

No bien la banda se iba, comenzaba la dispersión. Por un rato, sólo se oía ir desapareciendo el repiqueteo de los medios tacos de ellas y los tacos altos de ellos. Se apagaban las luces y se encendía el silencio, en la plaza 19 de Abril. Apenas alguna que otra sombra, bajo la sombra salpicada de las viejas tipas. El único mundo que sorprendía aún bullicioso la media noche, se iba quedando allá en las esquinas, donde abrían sus bocas amarillas los cafés.

Eran lindas aquellas lejanas retretas domingueras de mi pueblo. En ningún otro lado las encontré iguales. Y allá, ya no son las mismas... Claro, esto dicho desde aquí y desde ahora. Trescientos y pico de kilómetros... y algunos años...

(Del "Album Commemorativo del Centenario de la Fundación de Treinta y Tres, 1853-1953". Marzo 9 de 1953).
